

citar centenares y centenares de fortalezas militares en todo el continente, para demostrar que España buscó los sitios adecuados para construir castillos y fuertes en los puertos y en las montañas, creando así en el Nuevo Mundo una imagen de su propio ser metropolitano. Esas construcciones castrenses de piedra demuestran lo enraizado, vertical y permanente de nuestra civilización en América.

En cambio, el nomadismo de la colonización inglesa y sajona sólo construyó esos «fuertes» vegetales que vemos en las películas de indios, porque a ellos únicamente les importaba la explotación trashumante, llevando ganado de una parte a otra, trasladándose sus agricultores en diligencias y carromatos a través de las praderas.

España aizó en América, entre un chocar de aceros para salvar la propia vida, colegios, iglesias, catedrales, talleres de todas clases y castillos, echando así las bases de una cultura que miraba al cielo y del suelo subía con la savia humana. De ahí la fuerza ecuménica, de raíz telúrica y de su vuelo espiritual, que tienen esos viejos castillos hispanos enclavados en América y en Oceanía, puesto que también en las islas Filipinas existen, como avanzadas europeas ante la raza amarilla.

